

LA MUJER,

PERIODICO

escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico sale todos los domingos; se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y de Cuesta, á 4 rs. al mes; y en provincias 10 rs. por dos meses franco de porte, remitiendo una libranza á favor de nuestro impresor, ó sellos de franqueo.

Es triste por demás la tarea de escribir siempre lamentaciones, y si bien la dura condicion á que en la época que corremos han reducido á la mujer las opiniones, las reformas y las costumbres de los hombres, lo exige así, y si en los artículos que llevamos escritos desde que nuestro periódico vió la luz pública no hemos hecho otra cosa que dar cumplimiento al deber que nos impusimos en nuestro primer prospecto, combatiendo esas costumbres, defendiendo nuestros derechos, pidiendo para la mujer lo que le es debido y justificando la conducta de unas, mal interpretada las mas de las veces, ó escusando las faltas y los extravíos de otras, porque no son ellas las verdaderas y principalmente culpables, cuando siguen el torrente de la época que las arrastra; hoy queremos dar libertad á nuestra pluma, para que solamente estampe en el papel las impresiones que nuestra alma recibe de esa rica naturaleza al despertar de su letargo del árido y triste invierno.

Hoy queremos que nuestro primer artículo no contenga una línea, ni una frase, ni una palabra que no sea de alegría, de ventura, de felicidad.

Para eso procuraremos no ver sino lo bello de esa sociedad que tanto malo y feo encierra en su seno, posando nuestras miradas de entre los seres que la componen, en las almas grandes ó delicadas, en que los ricos dotes que derramó en ellas la Providencia han sido sublimados por las duras pruebas por que han tenido que pasar para conservarse puras y sin mancilla.

Fijaremos tambien nuestras miradas en esa rica naturaleza, que se viste de sus hermosas galas, de flores mecidas en atmósferas de perfumes, con sus torrentes petrificados en el crudo invierno, que el calor vivificador de la estacion desata en mil crista-

linos arroyuelos, con sus aves ostentando sus matizadas plumas, entonando himnos de alabanzas al Criador y meciéndose en floridas enramadas, ó girando por el espacio al impulso de brisas perfumadas; en ese sol brillante suspendido en el espacio, haciendo revivir con su calor suave á los mil seres de la creacion que yacieron amortecidos en el helado invierno; en el cielo azul, puro, trasparente y despejado, dosel magnifico de esta magnífica naturaleza; en las noches perdida su lobreguez, con su luna de plata difundiendo sus pálidos y suaves reflejos, con sus fulgidas estrellas tachonando de brillantes el azulado manto de los cielos y esclareciendo la oscuridad. Tanta riqueza, tanto esplendor y magnificencia no dejan espacio al espíritu sino para bendecir al Criador y gozar tanta ventura.

Por eso nosotras, que con pena y contra nuestro deseo hemos venido hasta ahora cumpliendo la severa obligacion que nos habíamos impuesto, queremos hoy suspender nuestra ingrata tarea para unir nuestra voz á la de la naturaleza entera y entonar ese himno de gracias y alabanza al Criador, que con tanta riqueza adornó este mundo para la ventura del hombre, á quien todo lo dedicó. ¡Ojalá que nuestra pluma no fuera tan pobre ni nuestro talento tan escaso para que nuestros cánticos fueran dignos del objeto divino á que se dirigen!

Mas ya que tal no podemos, ya que nuestro escaso ingenio solamente nos permite expresar nuestros pensamientos en desaliñado estilo, supla esta falta la inteligencia delicada, la exquisita sensibilidad de nuestras suscriptoras, á las cuales este mal trazado artículo servirá á lo menos para escitarlas á contemplar la alegre estacion que empieza, se inspirarán con su magnificencia, gozarán de sus bellezas y ha-

llarán unos placeres puros, dulces, que no dejan ni hastío ni remordimientos, que no se parecen á los deleites de la sociedad, pues en vez de enervar el cuerpo y debilitar el alma, los preparan á continuar con ánimo y ardor la triste peregrinacion á que condenados estamos todos los mortales.

QUEJAS DEL ALMA,

en recuerdo de mi adorado padre.

¿Qué he de cantar si muerta para el mundo
Su fementido trato me atormenta,
Y sobre el césped de su cieno inmundo,
Qué he de cantar en mi dolor profundo
Si el corazon de penas se alimenta?

¿A qué pulsar la cítara enlutada
Y repetir muriendo mi tortura
Cuando mis ilusiones son la nada,
Y mi pobre existencia está sembrada
De acerbo desconsuelo y amargura?

¿Qué he de cantar si el pensamiento mio,
Envuelto en luto, y afliccion, y duelo,
Tan solo abarca el porvenir sombrío,
Y vegetando el alma en el vacío
Es una planta estéril de este suelo?

Fúnebre flor, el llanto es mi divisa,
Llanto ardiente, fecundo, inagotable,
Llanto que ahoga y mata mi sonrisa,
Como sucede á perfumada brisa
Del huracan el soplo inexorable.

Ya no quiero cantar; rompo la lira
Que un tiempo alimentó mis ilusiones,
Porque es funesto el nùmen que me inspira,
Y el lacerado corazon suspira
Al exhalar dolientes pulsaciones.

Rápidas fueron de mi infancia hermosa
Aquellas de placer horas queridas;
Como lenta, monótona y tediosa
Es mi triste existencia borrascosa
Al impulso de penas repetidas.

Pero ¡ay! que al evocar con fervor santo
De aquella edad bendita la memoria,
Aquella edad de risas y de encanto
Ofrece un tierno y doloroso canto
A las páginas tristes de mi historia.

Mi pobre corazon llora afligido
La pérdida de un padre idolatrado:

Cuanto amaba en el mundo lo he perdido,
Y víctima del golpe que me ha herido
No hay en la tierra un ser tan desgraciado.

¿A quién ¡ay triste! dirigir mi acento?
¿Quién me consuela en mi horfandad paterna?
El supremo Hacedor del firmamento,
Mi Dios sublime de bondad portento,
Y de un amigo fiel la amistad tierna.

Por eso ahora en mi angustiado lloro
La aborrecible sociedad maldigo
Y el mundo vil que diviniza el oro:
Tengo en mi madre un sin igual tesoro
Y á la santa virtud amo y bendigo.

Y del Pisuerga en la florida vega,
Que un mar de espigas y de flores riega,
De un sauce amigo colgaré mi lira,
Puesto que á tristes cánticos se entrega
El solitario nùmen que me inspira.

Venancia Lopez Villabrille.

Valladolid y marzo de 1852.

REVISTA DE MODAS.

Escribir un artículo de modas cuando las de invierno acaban y las de primavera no están completamente iniciadas, es obra superior á nuestras fuerzas, es obra de profetas, y nosotras no poseemos el don de la adivinacion; mas aunque esta sea una razonable dificultad para dar noticia á nuestras amables lectoras de los trages, adornos y tocados que triunfarán y dominarán en la estacion de las flores que comienza, confiadas en su benevolencia, nunca desmentida, vamos á hacer algunas indicaciones, no de lo que es moda sino de lo que juzgamos que será. A tanto nos obliga el deseo de cumplir una de nuestras ofertas que no admite dilacion.

Mas por lo que pueda haber de inexactitud en nuestros pronósticos ofrecemos un nuevo artículo de modas en el próximo mes de mayo, pues entonces sin duda podremos hacerlo con mas precision y seguridad.

Por de pronto en la estacion de las flores justo es que las flores naturales sean el principal adorno de los tocados; así pues los peinados en medio de su variadísima forma, hija del buen gusto de cada jóven, á los profusos adornos de terciopelo, de azabache, cinta etc. etc. han sustituido las flores, que sientan á las mil maravillas, saliendo de entre las cocas con sus

verdes hojas y sus vivos colores, y perdiéndose entre bandas de blondas.

A los sombreros, si nuestras fundadas congeturas no mienten, sustituirán las capotas blancas de tul bordado con puntillas de encaje y ligeros adornos de flores.

Las telas ligeras de seda como el tafetan serán las que predominen, reemplazando al gró doble antiguo y al raso, por lo cual es preciso que la enagua sea muy almidonada, los volantes de las faldas muy rizados, á fin de que paren bien y no se ciñan al cuerpo demasiado. Los colores poco determinados, pero oscuros ó medios colores son los mas elegantes: el negro no ha perdido aun la preferencia con que es mirado por las damas mas elegantes. La blancura de un bello rostro da majestad el trage negro, y no hay una morena cuya gracia no realce.

Siguen siendo indispensables los bordados en las mangas de batista, en los camisolines y en las bertas; cada dia inventa el arte nuevos primores, y se refina mas el gusto de las bordadoras en estas labores, que llegan á ser de una perfeccion admirable.

En los conciertos que se preparan para la próxima pascua parece que los trages de raso blanco, guarnecidos con volantes de encaje, abiertos por el pecho para dejar ver los primorosos bordados de una berta, serán los que constituyan la suprema elegancia.

Réstanos decir únicamente que á pesar de los esfuerzos que se hacen para que no caigan en desuso los chalecos, haciéndose algunos de muselina blanca bordada, creemos que esta prenda nueva del trage de las damas no se salvará.

Escasos como son estos detalles de las próximas modas, aun juzgamos haber adelantado demasiado nuestra opinion; sin embargo, si en alguna circunstancia hemos estado poco acertadas, ó poco adivinadoras, en nuestra próxima revista la rectificaremos.

Ana María.

LAS TAITIANAS,

BELLEZA, TRAGE, GUSTO POR LA MÚSICA, DANZA.

(Hojas sueltas del diario de un oficial de Marina.)

Digamos algo de esas taitianas tan celebradas por los viajeros. Respecto á esto las opiniones difieren mucho. Los entusiastas las han juzgado con todas sus pasiones, los austeros con sus preocupacio-

nes: estos las han rebajado demasiado, los otros las han ensalzado mucho, y en esto, como sucede siempre, la verdad se halla en medio de las opiniones extremas. En nuestros climas frios, donde las mujeres, empaquetadas en sus vestidos como momias de Egipto, poseen tantos medios de auxiliar ó corregir á la naturaleza, no se puede apreciar rigurosamente sino aquello que ellas se dignan dejarnos ver. Da ahí resulta que es particularmente por el rostro por donde juzgamos de la belleza, y á menos que no sea contrahecha tenemos por hermosa á toda mujer que tiene un lindo rostro. El ligero vestido de las taitianas da lugar á una observacion mas amplia, que redundante en ventaja de ellas. Frecuentemente he oido profundas discusiones respecto á las taitianas entre doctores de veinte años, y estos espertos sacaban en conclusion que si el rostro de aquellas deja algo que desear, llevan por lo demás la palma sobre lo restante del género femenino. Esta es una opinion cuya responsabilidad debo dejar á los mencionados doctores. Verdad es que un vástago del Cáucaso puede con no poco derecho reprochar á las taitianas su color demasiado oscuro, una boca grande, labios gruesos y sin contornos delicados, una nariz generalmente chata, y el óvalo de la cara deprimido hácia la barba.

Su atractivo está en la perfecta armonía de sus formas, en la gracia y soltura de su andar y en la gentileza de su sonrisa. Hay en sus ojos, cubiertos por grandes párpados, en su cabeza abandonada, en todos los movimientos del cuerpo, una ardiente languidez, una indolencia provocativa y una seducción que debe ser muy poderosa, á juzgar por las locuras á que se entregan aun aquellos á quienes mas debia prohibírselas su posicion. Tienen el buen gusto de abstenerse de esos masticatorios que hacen tan repugnante y nauseabunda la boca de las Malesias, Tagales y Marianesas, y por eso sus dientes, que enseñan con mucha frecuencia, son en extremo blancos y se conservan perfectos hasta la vejez, gracias á su alimento, que casi todo es vegetal. Sus piés y manos son de una pequeñez y forma notables. Según se ve, lo que tienen de perfecto pertenece á todos los gustos, á todos los tipos, mientras que sus imperfecciones son relativas solamente al tipo que hemos adoptado (con razon á mi entender) como expresion suprema de la hermosura de nuestra raza; pero ese tipo es arbitrario, y está sujeto por consecuencia á controversia y á correccion. Para doscientos millones de individuos de cutis mas ó menos

blanco, y de nariz mas ó menos derecha, hay en nuestro planeta quinientos millones á lo menos de individuos de cútis mas ó menos oscuro y de nariz achatada, y eso sin contar los negros. Nos parece pues que no es imposible que tan imponente mayoría haga triunfar en lo futuro su mal gusto, y llegue algun dia á colocar la cabeza de una Mogola sobre los hombros de la Venus de Milo. Esto por otra parte no seria la vez primera que sucediese, porque las estatuas de Karnak y de Ménfis eran etíopes.

El traje de las taitianas es sumamente sencillo. Compónese de un tapa-rabo (pareo), que rodea su cintura y baja hasta media pierna, y de una camisa (tapa) sencilla y flotante, abierta por el pecho, abotonada al cuello y que desciende hasta el tobillo. Sus negros cabellos, separados sobre la frente y trenzados, caen sobre los hombros, y el adorno de la cabeza consiste en una corona que forman con ramas verdes y flores. Cuando se las encuentra en los caminos vestidas de ese modo á la hora en que el crepúsculo cubre con discreta sombra el tinte oscuro de sus rostros y la incorrecta línea de su perfil, se creeria ver una aparicion mitológica bajo los olivos del Iliso ó entre las adelfas del Escamandro.

Las taitianas han resistido hasta el presente á la invasion del calzado. Algunas publicaciones recientes las representan con gorras adornadas de plumas, vestidos de raso, volantes de encaje etc., pero todo esto es inverosímil. Su lujo solo consiste en el número y hermosura de sus *tapas* ó camisas, cuyo lujo crece ó disminuye segun el presupuesto de la colonia, del cual absorben ellas y absorverán siempre una gran parte. Ese presupuesto es en el dia sumamente reducido, y la *toilette* de las taitianas se resiente ya de la baja. En las ocasiones solemnes las bellezas se presentan con camisas de muselina blanca bordada, y adornada la cabeza con una corona tejida, hecha de una paja del pais llamada *pla*, blanca y brillante como el nácar, detrás de la cual flota un penacho de filamentos de cocotero mas blanco y ligero que plumas de marabú. Ese es el *ne plus ultra* de la *toilette* taitiana, y ciertamente que todo otro adorno seria superfluo cuando menos.

(Se concluirá.)

Nuestras lectoras habrán quizá estrañado la suspension en que quedó la relacion de la aventura ocurrida al padre de una de nuestras amables sus-

critoras, que comenzamos á insertar en nuestros números anteriores, juzgando que seria leida con gusto. La culpa no ha sido nuestra; con harta curiosidad estábamos por saber el desenlace de tan singular acontecimiento, y con harto sentimiento repasábamos de vez en cuando el último trozo de ella, del número 27 correspondiente al 1.º de febrero, estrañando el silencio que guardaba nuestra amable y anónima corresponsal, á quien no pudimos estimular para que continuase, por la circunstancia misma de guardar el anónimo; pero habiendo recibido por el correo de anteayer carta de esta señorita, la trasladamos á continuacion, porque creemos que su lectura hará mas interesante la de la anécdota comenzada. Dice así su carta:

«Sra. Directora de *La Mujer*.

Usted habrá estrañado la interrupcion de las cartas en que iba publicando una relacion de la aventura que ocurrió á mi padre, á consecuencia del descubrimiento que hizo en una noche que se perdió en el monte yendo de caza: el motivo de esta interrupcion voy á manifestarlo á V., y creo que tendrá la bondad de escusarme bajo la oferta de continuar refiriendo la historia comenzada.

«La sorpresa que me causó á mí la ocurrencia de mi padre cuando me la refirieron fué tal que desde luego le rogué me permitiese publicarla, previas las precauciones necesarias para evitar compromisos é importunidades á los principales personajes que en ella figuran; y despues de consultar con estos, pedirles su venia y desfigurar los sitios y circunstancias de una manera conveniente para evitarles las pesquisas y molestias que temíamos, empecé mi relacion. Mas á pesar de nuestro cuidado, este no fué bastante á impedir que los efectos de una imprudente curiosidad, unida á una casualidad en extremo favorable á los curiosos, hayan puesto en grave compromiso á los personajes principales de nuestra historia. Este y no otro ha sido el motivo de la interrupcion de mis cartas; mas este que pudo ser un mal de desagradables consecuencias, ha traído el beneficio de que se asegure de una manera cierta la tranquilidad de los que por conseguirla vivian en las entrañas de la tierra, puede decirse así, y que ya no estén espuestos á los incidentes de una casualidad que descubra su retiro.

«Mas para no presentar el desenlace antes del nudo, y para guardar el orden necesario á la narracion, terminaré manifestando á V. que desde luego continuaré la relacion de esta aventura, si es que V.

con su bondad acostumbrada la juzga á propósito para llenar con ella una columna de su apreciable periódico.

Hasta aquí la carta de nuestra suscritora, á la cual contestamos no solamente aceptando, sino agradeciendo que nos proporcione tan interesantes materiales para las páginas de nuestra publicacion. Así pues, puede disponer de sus columnas como y cuando guste, dándole aquí la contestacion por no permitírnoslo hacer de otro modo el anónimo que guarda: si bien confiadas en su palabra, ofrecemos sin vacilar á nuestras lectoras la continuacion de esta interesante historia.

Heroísmo de las mujeres bajo el régimen del terror.

No solo el infortunio, la resignacion tambien es timbre acaso el mas preciado de aquellas heroínas. Todas sufren, ¿cómo dudarlo? ¿no forman parte de la naturaleza humana? pero su valor en medio del terror, su serenidad cuando la muerte las cerca, infunden al mas cobarde una alta idea de la inocencia y de la virtud. Humillacion seria mostrarse pusilánime cuando se las ve reir, y la antigua Francia renace y reproduce en las prisiones los modales cortesanos, la galantería, tal vez la jovialidad. Muchas de ellas se entretienen en la lectura de los libros santos en oír con íntima convicción la palabra divina por la boca de algunos filósofos que miran como pecado los pasatiempos frívolos. El amor tambien penetra en las cárceles y en ellas se impregna de emociones mas profundas: y cuántas sin ventura se preparan incautamente dolores agudos y un arrepentimiento tardío! ¿cuál es el fin de su desdichada pasion? el altar? el lecho nupcial? no; la separacion.... el sepulcro.

¿Con qué respeto es acatada en una cárcel la heroína de la piedad filial. Mme. de Sombreuil! Todas se acercan á ella para estar mas cerca de su virtud, para empaparse en su heroico valor; todas quieren gozar á un tiempo de sus miradas, de sus pláticas originales y elocuentes. ¿Por qué la han encerrado? por herir con mas seguridad á su padre salvado una vez por ella el 2 de setiembre, porque los decemviros no ha ratificado la clemencia de aquellos jueces de sangre, y ya el tribunal revolucionario ha apresurado el suplicio del padre octogenario de Isabel Cazzote. Estos nuevos jueces son demasiado aguerridos para ceder á la intervencion de la hermo-

sura, ni al heroismo del amor filial. La jóven y bella Mme. Custine solo ha podido conseguir que se suspenda el suplicio de su padre político; presa poco tiempo despues, ya no puede servir de utilidad á este ni á su esposo.

¿Quién no se figura respirar el fresco ambiente de la primavera al penetrar en el hediondo calabozo que sepulta á las doncellas de Verdun, llenas de candor, de encantos, de dulce satisfaccion? ¿Cuál es su crimen? Haber asistido á un baile dado á los prusianos. Y quien podrá leer sin tachar de parcial á la historia que hubo en Francia un día de horror, ¡abominable día! en que aquellas inocentes arrastradas á los piés de los tigres del tribunal no hallaron gracia, no hallaron la piedad con que declamaban no en su defensa propia, sino en la de sus compañeras y de sus hermanas, atribuyéndose generosamente el delito de haber bailado?

Los dias infaustos se suceden formando una noche sombría; una noche de diez meses alumbrada únicamente por el color de la sangre. Una reina de Francia tanto tiempo adorada, llegada apenas á la edad madura, cuyos infortunios debian sobrepasar á los de la anciana de Hécuba, sorprende aunque inútilmente por algunos minutos el interés de las furias del tribunal con la respuesta tan noble como patética que pronuncia contra la mas inicua acusacion. Apelo á todas las madres que escuchan... Su sentencia estaba fallada desde el día en que espiró Luis XVI: fué conducida al suplicio y decapitada ignominiosamente sin que su valor se desmintiese hasta su último suspiro.

Pero faltaba cometer un crimen mayor; el martirio de Mme. Isabel, la santa del siglo XVIII. Robespierre se detiene por la primera y última vez á la vista de un atentado.... Quisiera, y á pesar de su inmensa autoridad no se atreve ni puede salvarla, porque en Francia solo manda el mas feroz. Llevada al tribunal revolucionario confiesa con entereza el delito de que se le acusa; haber enviado todos sus diamantes á su hermano el conde de Artois como un auxilio en su emigracion. Se la condenó al suplicio y la condujeron entre muchas nobles víctimas que le sirvieron de escolta, persuadidas de que subian al cielo, pues morian con una santa. Mme. Isabel quiso sacrificarse por la reina cuando el día de la entrada del pueblo furioso en las Tullerías se negó á desvanecer el error de los que equivocándola con María Antonieta se disponian á degollarla: esta fué la única vez que recurrió al disimulo aquella alma

sublime. Otro delito no menos odioso había precedido al suplicio de la reina.... el de Malesherbes, seguido del de Mme. Rosambea, que fué guillotina- da al lado de su padre. Célebres son las palabras que dirigió en su última hora á Mme. de Sombreuil:

«La gloria, la felicidad de haber libertado á vues- tro padre os pertenecía entera.... á mí el consuelo de morir con el mio.»

La pluma cae de la mano, las fuerzas faltan al considerar este cuadro de horrores, este horrible martirologio. Los tiranos dijeron: «A fuerza de hor- rores agotemos las fuentes de la piedad. Nadie leerá las páginas de esta época sin echar mano del recur- so de calumniar á las víctimas para dispensarse de compadecerlas, y, cuando mas, las generaciones fu- turas acusarán la imprudencia de aquellas cuyo he- roismo nos ha admirado sin hacer vacilar la cuchilla de los asesinos.

El deseo de arrancarles esta esperanza me ha obligado á ser historiador. Moralista al presente, ya que no me sea dado consagrar dignamente un fúne- bre tributo para tantas víctimas, ni sacar del polvo en que yacen hechos grandes y sublimes, he tenido al menos el acierto de elegir las armas mas nobles y eficaces para confundir el egoísmo, la filosofía de la sensacion y la doctrina del interés personal bien en- tendido. Soy de opinion que las mujeres con sus sa- crificios, con sus tormentos, han abatido el poder de mas de una hidra materialista, y herido con nuevas y penetrantes flechas á los impíos que pretenden su- mirnos en el fango. ¿Qué prescribía la sensacion á Mme. Isabel, á Mme. Sombreuil y á sus compañe- ras de gloria ó de martirio? Lo mismo que prescri- bía á Leonides y á sus trescientos espartanos, á Ré- gulo, á Decio, á todos los héroes de la patria; y aun estos, si esceptuamos á Régulo, solo tenían que perder una vida en medio de su entusiasmo. Pero nuestras contemporáneas, nuestras heroínas, ¡qué sucesion de fortunas!

(D. M.)

TRABAJO NOTABLE.—La eminente pintora doña Adriana Rostan ha presentado á S. M. y dedicado á S. A. la princesa de Asturias una magnífica palma de cera, que seria sin duda para la funcion de Ra- mos.

S. M. al recibirla hizo las mayores demostracio- nes de agrado, y como prueba del aprecio que de ella hacia manifestó que queria regalarla á la virgen

de Atocha. Felicitamos pues á la simpática y enten- dida pintora Rostan por su notable trabajo y por la buena acogida que no pudo menos de recibir de la amabilidad de la Reina.

Ha fallecido en Paris la conocida escritora cuba- na señora condesa de Merlin.

CHRISTOSA RECLAMACION.—Un diario de Valencia refiere el siguiente dialogo:

—¿Es V. el redactor del *Diario*?

—Si; ¿qué se ofrece?

—Venía á que me pusiera V. una cosa.

—Sepamos qué clase de cosa. ¿Algun anuncio?

—No señor. Una cosa que me ha pasado con la señorita de una casa donde he servido.

—Muy delicado puede ser el asunto; pero, en fin, cuenta y veremos.

—Pues ha de saber V. que dias pasados iba yo acompañando á mi señorita por una calle bastante concurrida de esta ciudad, cuando cátese que pasan dos jóvenes, nos miran, y uno de ellos le dice al otro: —Mas me gusta la criada que el ama. Nunca tal hubiera oido mi señorita. Se quedó mas pálida que una difunta, y me dijo apretando el paso: —Va- mos aprisa. Llegamos á casa; se celebró consejo de familia, y el resultado fué de ponerme de patitas en la calle.

—Cómo! ¿por tan poca cosa?

—¿Cómo poca cosa? ¡si casi le costó una enfer- medad!

—Y tú, ¿que hiciste?

—Me fui pero le juré que habia de salir en el *Diario* la infamia que se hacia conmigo.

—Pues anda, hija, anda, que mañana quedarás servida.

ADVERTENCIA.

En este número y en el próximo insertaremos el pliego 2.º y 3.º de *Francisco el esposo*, cuyas planillas se publicaron trocadas y harian defectuosa la encuadernacion de la novela.

En seguida empezaremos á publicar otra no me- nos interesante.

MADRID, 1852.

Imprenta de don José Trujillo, hijo,
Calle de María Cristina, número 8.